

Querida mía...

A veces pienso que he perdido la capacidad de hacerles soñar. Y temo no volver a sentir sus miradas asombradas y esa especie de Big Bang inverso que se produce cuando todos contienen a la vez la respiración esperando lo que viene después. Lo sospecho porque ya no son tantos. Ya no me llega el murmullo de sus voces cuando las luces se encienden y están a punto de levantarse. Ese rumor de aprobación o de crítica que se pierde al final del pasillo. No te lo vas a creer, pero hasta echo de menos cuando no les gustaba lo que veían y se marchaban con el gesto torcido repitiendo aquello de que esperaban más. Me gusta pensar ahora que siempre han esperado grandes cosas de mí. O que al menos hubo un tiempo que las esperaban y que compartir una tarde o una noche se convertía en un acontecimiento. Un descubrimiento. Una epifanía. Una fiesta que no se podían perder.

Pero temo que la fiesta tiene cada vez menos invitados. Y que no volverán aquellos días gloriosos de los grandes palacios, de la luz jugando en la penumbra, de las risas y las lágrimas sincronizadas, de la ovación ante lo aparentemente inerte.

Sé que tú me entenderás porque has vivido con este mismo miedo, porque has pasado más veces por esto. Sé que me dirás que yo lo he pasado también. Que me han dado por muerto cada vez que venía alguien nuevo y que he sabido sobrevivir. Pero esta vez es distinto. En el pasado tuve claro que mi única opción para salir triunfante era crecerme. Darles más y mejor y más brillante. Darles lo mayúsculo, lo desmesurado, algo tan monumental que ni sus sueños pudieran competir. Aposté porque el espectáculo tenía que continuar y continuar a lo grande. Pero eso ya no parece importar. Ahora me quieren jibarizar. Hacerme pequeño y recluirme en una salita. Que les cuente mis historias al oído. Contenerme en la palma de su mano. Asfixiarme hasta que yo deje de ser yo para convertirme en otra cosa más doméstica y quizá menos sagrada. Te parecerá una tontería, pero durante mucho tiempo hubo algo de liturgia en mí.

Venían con la expectación de quien va a pasar por un rito. Todos juntos sin conocerse, pero unidos por el anhelo de creer. Venían por la fantasía. Por el sortilegio. Venían para olvidarse de que habían venido, para dejarse engatusar. Para adentrarse en mundos que no podían ni imaginar. O que habían imaginado pero necesitaban ver. Muchas veces, ya lo sabes, eran tus mundos. Tus historias. Tus personajes. Pero yo se lo contaba todo de otro modo y a ti nunca te molestó. En el fondo, después de estar conmigo muchos recurrían a ti, que por algo eras la inspiración original. Y siempre salías ganando. Quizá lo mío era más pirotécnico, pero casi siempre coincidían en que lo tuyo era mejor. Pero daba igual. Porque sabíamos que nos amaban a los dos.

Uno de los míos dijo que yo no era una porción de vida sino un trozo de pastel. Y me pareció bien. Era esa promesa reluciente que abre el apetito. El contrapunto a la amargura del día a día. El mejor plato del menú. Y me gustaba verles dándose conmigo un atracón. Saber que me paladeaban. Y que algunos, los más recalcitrantes, repetían sin cesar. Pero me temo que han olvidado el placer que entonces sentían. Muchos no lo llegarán a descubrir. Y te confieso que estoy perdido. Y no sé muy bien qué hacer. Voy a quedarme petrificado como un fósil. Reducido a las cenizas de lo que un día fui. Convertido en un exotismo del pasado. Defendido sólo por cuatro valientes nostálgicos que por mucho que quieran nada podrán hacer. Cuatro no me valen, porque mi secreto siempre estuvo en la comunión: en que se reunieran para ser felices. En que se dieran cuenta de que todos soñamos lo mismo. En blanco y negro o en color. Qué más da.

Querida mía, necesito no sé si tu consejo porque no estoy seguro de que puedas dármelo, pero sí tu calor. Que me arropes con esas palabras tuyas. Que me digas que no tenga miedo porque un día volverán. Aunque no sea verdad. En el fondo, tú y yo somos especialistas en el noble arte de la mentira. Querida mía, necesito que me des un poco de lo que nos sostiene para seguir adelante: un poco de ficción.

El universo
(que otros llaman la Biblioteca)
Hoy.

Querido mío...

Te iba a llamar pequeño como en los viejos tiempos, cuando todavía ni siquiera hablabas. Estabas empezando y yo tenía la corazonada de que juntos podríamos hacer grandes cosas porque los dos habíamos nacido para emocionar a los demás. Siempre fuiste no sé si mi retoño, mi pupilo, mi heredero en vida o sencillamente mi compañero. Pero hoy, pequeño, no te puedo llamar pequeño porque sientes que te están negando tu grandeza. Y tu grandeza, créeme, es algo que nadie te podrá arrebatar. Está en tu esencia. Es tu naturaleza: llevar las ensoñaciones a una escala inimaginable. No es cierto aquello de que las estrellas siguen siendo grandes mientras tú te haces pequeño. Tú siempre serás colosal.

Recuerdo aún cuando llegaste. Y parecías cosa de magia. Al principio, creías que estabas ahí sólo para enseñarnos lo cotidiano. Puertas que se abrían para que la gente volviera a casa, trenes que llegaban a la estación, una pareja caminado brevemente por un jardín. Pero pronto comprendiste que podías hacer más. Y nos llevaste a la luna y a lo más profundo del océano. Y el señor Verne y los míos y yo misma nos dimos cuenta de lo que podías llegar a hacer. Era el tuyo un mundo fulgurante hecho de plata y de sueños. Eras el relámpago que iluminaba lo que antes había contado yo.

Y sí, los embelesabas como si fuera un prestidigitador que hubiera convertido sus corazones en tu chistera. Sacabas de allí cosas que no esperaban. No te voy a negar que en algún momento sentí envidia: te bastaba con dos horas para ponerlos a tus pies. Para inocularles sentimientos que no olvidarían durante años. Frases. Sonrisas. Les enseñaste a besar o a encender un cigarrillo. Y hasta a odiar. Les mostrabas apenas en una tarde lo que los míos contaban en largas sesiones encadenadas. Y sí, era un rito admirable en el que todos querían participar. Siempre me gustó ese embrujo colectivo, tan distinto a este encantamiento mío que se vive en soledad.

Pero tu voluntad y la mía fueron siempre la misma: hacerles disfrutar. De eso se trataba. De eso se trata. En el fondo, de hacer su vida mejor. Más vida. Tú y yo sabemos que sólo crecen de verdad los que fantasean, que sólo vive la vida el que sabe imaginar.

Cuando los primeros hombres no nos tenían ya nos anticipaban. ¿O crees que hacían otra cosa cuando reunidos alrededor del fuego contaban sus historias y sus leyendas? Nos estaban invocando. Ellos te dirán que nos inventaron. Y que Platón ya te imaginó antes de que existieras en aquella caverna suya. Y, sin embargo, yo creo que siempre hemos estado ahí. Que los mitos nacieron en el momento mismo en el que la humanidad empezó a serlo. Sin nosotros nunca habrían sido lo que son.

Somos la cara hermosa de la mentira. La apoteosis de la fabulación. Sé que uno de los tuyos dijo que eres verdad veinticuatro veces por segundo. Aunque ese mismo también afirmó que eres el fraude más hermoso que jamás se ha inventado. Y yo, que llevo siglos en el negocio, te puedo decir que somos lo uno y lo otro: somos la realidad y su artificio. No una simple manera de escapar del mundo. Nosotros somos la vida, aunque de otra forma: la que nunca podrán vivir más allá de tu pantalla y de mis letras.

Recuerda que tenemos un poder que va más allá de hacerles imaginar, de conmoverles o de aterrorizarles. Nosotros les recordamos que lo que sienten es universal, que no están solos, que pertenecen a una tribu inmensa. Nosotros somos los encargados de enseñarles a comprender quiénes son.

Y por eso permaneceremos. Créeme. Te lo digo yo que siempre he sobrevivido, aunque me han dado por muerta. Yo, que he tenido que venderme por entregas, rebajarme para seducirles y que entraran en mi mundo, escuchar mil veces el réquiem del papel. Yo, que he visto como me arrojaban al fuego y trataban de silenciarme. Yo, censurada, tachada, utilizada y hasta perdida. Yo te digo, pequeño mío, que no vas a desaparecer. Porque nosotros somos la esencia de las cosas. Somos el relato que les sostiene. Somos la ficción que crea su realidad.